

Trampas Literarias y Mentiras Políticas

Parece razonable pensar que si un libro rompe récord de ventas, es comentado en diversos sectores culturales y por personas de diferente filiación, da lugar a polémicas, elogios de toda índole, etc., ello se debe a que se trata de un libro importante. Decimos de un libro que es “importante” porque contiene ideas nuevas y, si es de literatura, porque hace una aportación estilística que simplemente no puede pasar desapercibida. No obstante, por lo visto la conexión entre lo razonable y lo real no es tan clara como habría podido espontáneamente pensarse. Esta es la lección que podemos extraer del libro de Héctor Aguilar Camín, *La Guerra de Galio*. Veamos rápidamente por qué.

El libro mencionado es una síntesis (por no decir una ‘vulgar mezcolanza’) de recuento histórico y de ficción, de realismo literario con fantasía políticoide desbordada. Aparentemente el objetivo del autor es darnos la lógica del movimiento guerrillero en México de la primera mitad de la década de los 70, así como narrar la historia de la intriga que culminó en la revuelta que permitió derrocar al grupo dirigente de un importante diario capitalino, por lo demás fácilmente identificable. El eje del relato es un personaje que oscila entre la investigación histórica y el periodismo, envueltos ambos en una gratuita y casi repugnante atmósfera de pornografía. Dejando de lado por el momento a las lúbricas y más bien insulsas acompañantes de este “héroe”, los otros dos personajes clave de la historietta son el director del periódico y el dizque Maquiavelo a la mexicana que sirve, entre otras cosas, para darle título al *magnum opus* de, autr, *i.e.*, Héctor Aguilar Camín.

Obviamente, son dos los aspectos que habría que comentar en relación con esta “obra”: el literario y el político. Empecemos con el literario. Probablemente la única virtud del libro sea que deja leerse sin que cueste demasiado trabajo, como cuando se lee una fotonovela o un pasquín cualquiera. Los personajes del cuento tienen todos, a pesar de ser tan diferentes entre sí, una característica común; son grotescos en grado extremo. No deberá extrañar entonces al lector el que, por haber sido así concebidos, las situaciones en las que se les ubique resulten ellas mismas ser igualmente ridículas e irreales. Así, nos encontramos con que quién parece ser el asesor central de una importante Secretaría de Estado es ante todo un alcohólico y un promiscuo de la peor calaña, además de ser un intelectual con toda la pinta del tercermundismo: hablantín superficial que cree poder remplazar el penoso proceso de análisis y aplicación de doctrina política con el fácil y entretenido conocimiento directo de los “sótanos” de la nación. Las “vicisitudes” del héroe central resultan ser absolutamente carentes de tensión y giran casi exclusivamente en torno a una vida sexual desenfundada rayando en la locura, como si en nuestros tiempos el sexo fuera un tema alrededor del cual pudiera escribirse un libro valioso de ese volumen. Las obsesiones por los lupanares y la inclinación a pensar que mientras más vulgar sea mejor literatura es la que se escribe hacen del texto en cuestión un auténtico fiasco. Eso no quiere decir, por otra parte, que no sea posible detectar (puesto que son casi obvias) algunas de las fuentes de inspiración del autor. Por ejemplo, los diálogos entre “él” y “ella” (sea quien sea “ella”, pues eso cambia) son como una copia diluida y adaptada a nuestra idiosincrasia de diálogos de piezas de teatro como *¿Quién teme a Virginia Woolf?* o como el drama que se desarrolla en, por ejemplo, *Las Manos Sucias* de J. P.

Sartre, que se retoma (con una decoración distinta, desde luego) hacia el final de la “novela” (p. 534). Peor aún: cuando uno visualiza el mundo de las prostitutas que se nos pinta o las orgías de homosexuales en las que el autor evidentemente se deleita, en lo único que podemos pensar es en las peores y más artificiales de las películas mexicanas de ficheras. Los diálogos son barrocos, exagerados, de una pedantería insufrible y, evidentemente, pretensiosos en grado sumo, es decir, ambicionan transmitir profundas “ideas” que en realidad no pasan de ser, las más de las veces, meras trivialidades, frases hechas, slogans baratos, lugares comunes, etc., sobre el estado, la honestidad, el poder, el amor y demás. La impresión que inevitablemente genera la lectura de este libro es que el autor tiene ganas pero no se siente capaz de teorizar sobre sus temas preferidos y por ende de sistematizar sus puntos de vista plasmándolos en un libro serio. De ahí que, como eso evidentemente no es posible, lo que él ofrece a final de cuentas no puede ser otra cosa que un sinfín de trampas literarias. Lo alarmante, empero, es que ello no parece ser el peor de sus defectos.

Lo que resulta particularmente irritante del libro que cometamos es la actitud del autor, un tanto ambivalente, de esconderse tras la novela para intentar reconstruir hechos, ofrecer, o mejor dicho insinuar, explicaciones y veredictos sobre situaciones reales pasadas y sobre personajes de nuestra historia reciente. Esto es muy molesto porque él parece haberse muy cómodamente dejado abierta la puerta para, en el momento en que a alguien se le ocurriera poner en tela de juicio tal o cual reconstrucción, descripción, interpretación, estar en posición de argumentar que se trata de un malentendido, que él nunca pretendió estar ofreciendo un análisis histórico de nada, que simplemente está construyendo un mosaico de ficciones políticas y cosas por el estilo. El problema, claro está, es que los personajes son (por lo menos varios de ellos) perfectamente identificables y que de lo que habla a lo largo y ancho de creación no es de una situación por él inventada, sino de sucesos que afectaron al México de aquellos años. Hay en este libro, por consiguiente, mensajes políticos solapados, ocultos, pero no por ello menos reales. Naturalmente, dado el carácter semi-ocular de expresarse las moralejas que se pueden extraer son de lo más variado, pero todas ellas como por casualidad apuntan en una misma dirección. Por ejemplo, no sería un error inferir del relato de la desventura del periódico que los actuales directores irrespetuosos de periódicos y revistas, es decir, los que aspiran a independizarse de toda tutela gubernamental, pueden tener que enfrentarse a los mismos problemas en cualquier momento; podría también concluirse que la revista que en realidad dirige quien en la novela dirigía el periódico está volviendo a las andadas, es decir, está cometiendo una vez más los mismos errores y que no debería, por lo tanto, extrañarse de que le vuelva a suceder lo mismo; está asimismo insinuada la amenaza de que todo aquel que intente estar leyendo el pensamiento del primer mandatario de este país, en particular en relación con la sucesión presidencial, está jugando con fuego y así indefinidamente. Realmente, desprovisto de toda conexión con la historia, el libro resulta anodino (como lo es *Todos los hombres del Presidente*) y adquiere interés para el lector nacional sólo porque éste, de modo natural, sigue viendo en la narración algo que efectivamente pasó y acerca de lo cual tiene algunos datos. Sí al engaño literario añadimos la displicencia con la que se abordan asuntos políticos serios, aflora de inmediato la irresponsabilidad del texto y hace pensar que nada en lo absoluto se habría perdido si éste nunca hubiera sido escrito, no digamos ya publicado.